

Beernes

Eduardo Cruz Acillona

Por detergentes y lavavajillas,
por libros ordenados y escobas en el suelo,
por los cristales limpios, por la mesa sin papeles,
libretas ni bolígrafos,
por los sillones sin periódicos,
quien se acerque a mi casa
puede encontrar un día
completamente viernes.

Como yo me lo encuentro
cuando salgo a la calle
y está la catedral
tomada por el mundo de los vivos
y en el supermercado
junio se hace botella de ginebra,
embutidos y postre,
abanico de luz en el quiosco
de la floristería,
ciudad que se desnuda completamente viernes.

Así mi cuerpo
que se hace memoria de tu cuerpo
y te presiente
en la inquietud de todo lo que toca,
en el mando a distancia de la música,
en el papel de la revista,

en el hielo deshecho
igual que se deshace una mañana
completamente viernes.

Cuando se abre la puerta de la calle,
la nevera adivina lo que supo mi cuerpo
y sugiere otros títulos para este poema:
completamente tú,
mañana de regreso, el buen amor,
la buena compañía.

(*Completamente viernes*, Luis García Montero)

*A Ana, Nuria y Manuel,
por su inquebrantable adhesión a mis beernes.*

*A Cruzcampo, La Salve, Alhambra y Victoria,
sin cuya estrecha colaboración
los beernes no serían lo mismo.*

PRÓLOGO

Recuerdo perfectamente el momento en que el manuscrito “Beernes” llegó a mis manos. Y recuerdo también que no lo pude coger porque las tenía ocupadas con otra cosa. En concreto, un café con leche y una tostada de aceite, tomate y jamón. Yo no sé la manía del cartero de venir tan pronto a repartir la correspondencia, teniendo todo el día por delante. En fin...

Tras el desayuno, y ya con las manos libres, procedí a hojear el texto que me había remitido quien se presentaba como antiguo alumno mío cuando hace ya años impartí clases en Babia y a quien, honestamente, yo no recordaba de nada.

Desde el principio me llamaron la atención dos peculiaridades del manuscrito: estaba impreso en un papel de buena calidad, lo que decía mucho a favor del autor, y a una sola cara, lo que decía mucho en contra del mismo autor.

Al tocho encuadernado le acompañaba una carta de puño y letra del susodicho autor, esta sí, a doble cara, pero con peor calidad de papel, y de cuya grafía no conseguí adivinar ni una sola palabra, con lo que me quedé con las ganas de saber qué podría poner.

De la novela en sí poco puedo decir, la verdad. Ya el título, “Beernes”, se me antojaba complejo y, sobre todo, desconocido. Consulté el María Moliner, y allí no había rastro de la palabreja. Tratándose de un texto reciente, supuse que sería alguna expresión de esas que están tan de moda como “yutúber” o “insta-grámer”, que tampoco sé qué demonios significan y ni siquiera si las he escrito correctamente. Así que intenté averiguar su signifi-

cado en Google. Después de media hora de arduo esfuerzo, caí en la cuenta de que yo nunca he tenido conexión a internet, por lo que di mi búsqueda por finalizada.

A la novela en sí, que por supuesto no he leído, le deseo todos los éxitos y todas las reediciones posibles, que dure en las mesas de novedades de las librerías más de los tres cuartos de hora habituales del resto de obras literarias y que después de esta vengan muchas novelas más. Y cuando digo “vengan” me refiero literalmente a que me las traigan a mi casa, que uno ya está muy mayor como para salir a comprar todos los días y gastarse el dinero de la pensión en estas fruslerías.

Por su parte, al autor le deseo de todo corazón que pierda la lista de contactos de su teléfono móvil para que deje de llamarme de manera insistente y pedirme que le escriba el prólogo de su libro, que uno ya está muy mayor como para salir a comprar todos los días... Ah, no, que esto ya lo he dicho, ¿dónde tendré la cabeza?...

*Abelardo Luz Escalona
Catedrático Emérito de
Ver la Vida Pasar,
Universidad de La Calle*

INTRODUCCIÓN

Levantarse el viernes por la mañana, ese tan deseado “beernes”, con la promesa de todo un fin de semana por delante que comenzará a las tres de la tarde con varias cervezas con los amigos y se extenderá hasta la noche entre risas, propuestas de restaurantes donde cenar y más copas.

De repente, amanecer con resaca el jueves pero con la esperanza de que los jueves también sale alguien por la noche a tomarse algo.

Pasar el miércoles aséptico como mejor se pueda.

Levantarse el martes con pocas ganas de trabajar, sin apenas motivación y sabiendo que aún queda por delante un lunes demolidor.

Arrastrarse el lunes en el trabajo, con sueño y cansancio acumulados, odiando cualquier atisbo de nuevo encargo por parte de los jefes y deseando llegar a casa.

Estar tan agotado como para pasar el domingo tirado en el sofá, en pijama y delante del televisor, con un libro al lado.

Y, por fin, de nuevo sábado. De nuevo llamar a los amigos, quedar con ellos, salir, beber, divertirse, comer, beber, divertirse, cenar, beber...

BEERNES

LA METAMORFOSIS

Cuando Eduardo Cruz se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un personaje de una columna de Juan José Millás.

A su alrededor, todo era estrecho y largo, ordenado en breves renglones que contenían en total no más de trescientas palabras. Si se asomaba tímidamente por uno de los márgenes, veía a su alrededor una panorámica completa de la contraportada del diario El País. Y justo enfrente, la mirada atenta de un lector en la soleada terraza de un bar especializado en desayunos.

“¿Qué me ha ocurrido?”, pensó.

No era un sueño. El olor a tinta fresca del periódico era demasiado real, así como el de los churros del desayuno del lector.

“¿Qué pasaría —pensó— si durmiese un poco más y olvidase todas las chifladuras?”

Pero esto era algo absolutamente imposible debido al continuo movimiento y ruido que producía el lector al pasar las páginas del periódico.

Barajó la posibilidad de saltar al vacío y abandonar la columna. Total, el lector había comenzado el periódico por su contraportada, estaba ya concentrado en la página de deportes y, seguramente, no notaría la diferencia. Además, a estas alturas, ¿a quién le importaba una columna de opinión sin personaje principal? En el peor de los casos, lo tomarían como uno de esos experimentos literarios que tanto le gusta publicar a Millás.

“¿Pero qué ocurrirá cuando termine el día y salga la edición del sábado del periódico? ¿Desapareceré? ¿Me convertiré en un personaje de la columna de opinión de Vila-Matas?”, pensó.

Consciente de que nada ya dependía de él, se limitó a disfrutar de su inesperado protagonismo. Miró hacia arriba, para leer el título de su columna, y sonrió. Escrito en letras negritas, ponía: **Beernes.**

MATRIMONIO

Voy a la cocina y veo a mi mujer preparando con mimo un bizcocho. No la quiero molestar y me voy al salón. Allí está mi mujer, sentada en el sofá, arropada con su manta y viendo una teleserie. No la quiero molestar y me voy al cuarto de baño. Allí está mi mujer, acicalándose y poniéndose más guapa si cabe. No la quiero molestar y me voy al dormitorio. Allí está mi mujer, echando la siesta con una sonrisa en la boca. No la quiero molestar y me voy al Hogar del Jubilado a preguntarles a otros viudos si a ellos también les pasa lo mismo.

PORPETENERAS

*A Montero Glez.,
que no vino aquel día.*

El viento de levante me acompañó durante todo el trayecto entre Tarifa y San Fernando. Había quedado para comer con Roberto en la Venta de Vargas. Él se recuperaba lentamente de una grave lesión de espalda que a punto estuvo de dejarlo convertido en la estatua que se merece que un día le pongan allí mismo, al lado de la de Camarón, pero me dijo que si los calmantes se lo permitían, vendría.

La mesa del patio reservada a mi nombre la ocupaban ya dos comensales cuando llegué, dos amigos de Cádiz con los que también había quedado aprovechando que el Guadalete pasa por Jerez. Unas mesas más allá, un padre y un hijo, de rasgos más japoneses que gitanos, no dejaron de mirarme desde que entré. El camarero me aclaró que estaban al tanto de que Roberto comería con nosotros y parecía que le esperaban con indisimuladas ganas.

Tras dos cervezas de cortesía, concluí que no vendría. Y en vez de llamarle al móvil para salir de dudas, le hice una señal al camarero para salir de hambres. Pocos minutos después, nuestra mesa se fue llenando de platos con tortillitas de camarones, croquetas de la Tía María, cazón en adobo y cola de toro, siempre bajo la atenta mirada de aquellos dos pares de ojos rasgados por la genética y la curiosidad.

Al terminar de comer, con la sobremesa al compás del aguardiente de la casa, el camarero vino con un libro entre las manos.

Los señores japoneses, me dijo con una irónica sonrisa, no querían importunarme, pero estarían encantados si yo les firmara el ejemplar. Lo lógico habría sido declinar amablemente la invitación, así que acepté el bolígrafo que el camarero me ofrecía y en una página interior, bajo el título “Manteca colorá”, escribí:

“Para mis amigos japoneses, tras una agradable velada, con un afectuoso saludo. Montero Glez.”